

**Oliver Wolf Sacks**, comendador de la Orden del Imperio Británico (Londres, Inglaterra, 9 de julio de 1933 – Nueva York, Estados Unidos, 30 de agosto de 2015), fue un neurólogo y escritor británico de origen judío, aficionado a la química y divulgador de la ciencia, sobre todo de lo relativo a su especialidad. Se graduó en el Queen's College de Oxford y se doctoró en neurología en la Universidad de California. Vivió en Nueva York desde 1965 hasta su fallecimiento. Fue profesor clínico de neurología en la Escuela de Medicina Albert Einstein, profesor adjunto de neurología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York y neurólogo de consulta para las Hermanitas de los Pobres. Ejerció en la ciudad de Nueva York.

Escribió numerosos libros con estudios sobre personas con enfermedades neurológicas. Citemos algunos:

- *Despertares*.- Un relato autobiográfico sobre sus esfuerzos por ayudar a las víctimas de encefalitis letárgica para que recuperasen funciones neurológicas adecuadas. Se adaptó al cine en 1990, con Robin Williams y Robert de Niro como protagonistas. La película recibió tres postulaciones a los Óscar de Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Estados Unidos.

- *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*.- Versa sobre un músico que sufre una agnosia visual (prosopagnosia) que también fue el personaje protagonista de una ópera de Michael Nyman presentada en 1987.

- *Un antropólogo en Marte*.- Trata de Temple Grandin, una profesora con síndrome de Asperger.

Su autobiografía *En movimiento* constituye un relato apasionante y no entra en la clasificación anterior. La escribió un año antes de que le diagnosticaran las metástasis de un melanoma anterior, las cuales le llevaron a la muerte. Los cuatro ensayos que comentamos aquí, que componen su obra *Gratitud*, pueden verse como una especie de epílogo de su autobiografía.

**Gratitud** es un texto amable, cordial y bello. A diferencia de otros textos elegidos para nuestras tertulias literarias, en este no aparecen las tribulaciones de los últimos momentos, ni las dudas sobre qué determinaciones tomar. Hay reflexiones diversas, que ya iremos desgranando, en las que nuestro protagonista acepta la muerte, es consciente de la fugacidad de la vida y expresa su gratitud por haber tenido una existencia plena.

Hay una frase antes de comenzar los textos, que indica muy bien cómo era Oliver Sacks, pone de manifiesto su optimismo vital hasta en los momentos más difíciles:

*Aunque ahora veo la muerte cara a cara, la vida todavía me acompaña.*

Antes de comenzar a hablar del texto suyo que nos trae aquí, debo decir que a Sacks no le gustaban aparatos tecnológicos como los ebooks y **detestaba el teléfono móvil** por aquello de ensimismarnos. A las redes sociales no las podía ni ver, causantes para él de que los chicos más jóvenes **carezcan de memoria personal** de cómo eran las cosas antes y de inmunidad ante las seducciones de la vida digital. Lo que estamos viendo -y provocando nosotros mismos- se parece a una catástrofe neurológica a escala gigantesca". Lo decía alguien que había visto amnesias, encefalitis y todo tipo de trastornos cerebrales. Por lo que no hay que tomarse a broma estas afirmaciones. La solución, la ciencia, "ayudada por la decencia humana, el sentido común, la amplitud de miras y la atención de los desfavorecidos y los pobres". Sacks siempre fue un

idealista y por eso tenía fe: “La humanidad y nuestro planeta sobrevivirán, la vida continuará y esta no será nuestra hora final”, escribió.

Oliver Sacks murió en un hospital de Nueva York debido al cáncer terminal que padecía. Es de suponer que se le administrarían los calmantes necesarios, así como que se le sedaría en los momentos finales. Sí se sabe que no pidió la eutanasia. Lo podía haber hecho trasladándose al Estado de Oregón, el primer lugar del mundo en el que se legalizó la eutanasia el 8 de diciembre de 1994. Además, él era ateo, se autodefinió como un “viejo judío ateo”, por lo que no tenía ningún impedimento religioso para hacerlo.

## Partes del libro:

### Prefacio

Aquí se cuenta cómo los médicos le pronosticaron en diciembre de 2014 que le quedaban seis meses de vida. Y no se equivocaron. Murió en agosto de 2015. Oliver Sacks afrontó con entereza la situación. Una forma especial de melanoma que había sufrido en el ojo, diagnosticado por primera vez en 2005, había hecho metástasis y ahora le afectaba al hígado.

Escribió entonces un ensayo titulado *De mi propia vida*, que se publicó inmediatamente, al día siguiente, en *The New York Times*, que provocó una enorme reacción de simpatía, lo que tuvo un efecto muy gratificante en Oliver Sacks.

Como consecuencia de un tratamiento novedoso que se le aplicó, disfrutó de una buena salud hasta julio de 2015, con lo que pudo escribir, nadar, tocar el piano y viajar. En agosto su salud pegó un bajón tremendo, pero aún tuvo energías para escribir su último ensayo, titulado *Sabbat*, que comentamos más adelante.

### Mercurio

En este primer ensayo, Oliver Sacks aún no conoce su pronóstico fatal. Celebra las delicias de la vejez, sin por ello dejar de ver los inconvenientes que la vejez conlleva.

El mercurio es el elemento de número atómico 80. Él cuenta que soñó con el mercurio la noche antes de cumplir 80 años.

Este hombre es un prodigio de bondad. Cuenta que, tras un accidente haciendo alpinismo, en las horas que estuvo pasándolo mal a la espera de que pudieran atenderle, sus pensamientos siempre fueron de gratitud hacia los demás. Y siempre se alegra de estar vivo, sobre todo a su avanzada edad. Cuenta una anécdota curiosa de Samuel Beckett, el dramaturgo genio del absurdo, el autor de *Esperando a Godot*, que le contó un amigo: una espléndida mañana de primavera paseaba con Samuel Beckett por París, y mi amigo le dijo: «En un día como éste, ¿no se alegra de estar vivo?». A lo cual Beckett contestó: «Tampoco hay que exagerar».

Habla de pacientes suyos con noventa o cien años que entonan el *nunc dimittis*: «He tenido una vida plena, y ahora estoy preparado para partir». Aunque algunos se preocupan por si pueden ir al infierno. Aquí es donde Oliver Sacks dice que no cree que haya nada después de la muerte y que sólo aspira a perdurar en los libros y en el recuerdo de sus amigos.

Confiesa su admiración por Francis Crick, el gran neurocirujano británico premio Nobel de Medicina en 1962 fallecido en 2004 en California, que murió al pie del cañón. Y así estuvo realmente también Oliver Sacks, escribiendo y preocupándose por la investigación en Neurología hasta el último momento.

Es curioso lo que cuenta de su padre, que vivió hasta los 94 años, que decía que la década de los 80 a los 90 años había sido la que más había disfrutado de su vida. A esa edad tienes una gran experiencia vital y eres capaz de aprovechar mejor los momentos que te quedan.

Contempla así Oliver Sacks la vejez como una época llena de ocio y libertad y no una época sórdida.

### De mi propia vida

Aquí expresa su inmenso sentimiento de gratitud por haber tenido una buena vida.

Para escribir este ensayo se inspira en un gran filósofo al que admira, David Hume, el cual, al saber que tenía una enfermedad terminal a los 65 años, decide escribir una breve autobiografía, y lo hace en un sólo día de abril de 1776. La tituló: *De mi propia vida*. Aunque difiere de Hume en carácter, pues Hume se ve a sí mismo como ponderado y Oliver Sacks se reconoce como vehemente, sí ve un punto claro de coincidencia: «Creo que nunca», escribió Hume, «había visto las cosas con tanta distancia como ahora». Y quiere Oliver Sacks, por tanto, aprovechar el tiempo, despedirse de quienes ama, escribir más y comprender más y mejor. Dice una frase tremenda: *Todavía me preocupa mucho Oriente Medio, el calentamiento global, la creciente desigualdad, pero ya no son asunto mío; pertenecen al futuro*. Confiesa que está asustado, pero su sentimiento predominante es de gratitud. Siente que ha mantenido un diálogo con el mundo y que ha amado y ha sido amado.

### Mi tabla periódica

En este ensayo, Oliver Sacks, además de hacer unas cuantas reflexiones científicas muy interesantes, habla continuamente sobre su deseo de apurar los últimos momentos de vida que le quedan y asimismo, sobre los tratamientos que le prolongan unos meses más la vida para seguir disfrutándola. A diferencia de otras personas, que seguramente se deprimirían viendo tan cerca el final y posiblemente pidieran una eutanasia, nuestro autor lo que desea es vivir más y más. Lamenta no poder llegar a 2030, una fecha en la que, según le dijera el gran neurólogo Francis Crick a él y a su amigo Ralph, se resolvería el “arduo problema”, o sea comprender cómo el cerebro da lugar a la conciencia. Se interesa por los problemas de la Física, que siempre, confiesa, le han gustado mucho, y lee con avidez los últimos números de las revistas Science y Nature.

Fascinado contempló un día las estrellas lejos de la contaminación lumínica de la gran ciudad. Sus amigos le prometieron que le llevarían en silla de ruedas cuando estuviera muy mal para que pudiera disfrutar del cosmos por última vez.

Alrededor de los elementos de la tabla periódica, de los cuales guarda en cofrecillos un trocito de cada uno, teje unos pensamientos muy originales. En los momentos de adversidad, afirma que los elementos de la tabla periódica le confortan. En el mundo de las ciencias físicas no hay vida, pero tampoco muerte. Igual que cuando era niño, se rodea de metales y de minerales. Cuando cumplió 81 años, sus amigos ingleses le enviaron un cofrecito con talio, el elemento nº 81 de la tabla periódica con una felicitación muy original: «Feliz cumpleaños de talio».

Notando que está ya bastante enfermo y sabiendo que las metástasis se le han extendido por todo el cuerpo, aún recurre a una nueva terapia para alargar la vida unos meses más y trata de disfrutar cada minuto. Va como un niño a ver un centro de investigación de lémures de la Universidad de Duke. Los lémures son antecesores nuestros de hace cincuenta millones de años y él se alegra de que fuéramos así hace tanto tiempo.

Habla del bismuto, el elemento n.º 83, un metal poco brillante y algo despreciado. Lo compara con los humildes, los maltratados, por los que siente debilidad.

Y finaliza su escrito sobre la tabla periódica con el berilio, el elemento n.º 4, que le recuerda su infancia y los muchos años transcurridos desde entonces.

### Sabbat

En este ensayo nos habla Oliver Sacks de que él pertenecía a una comunidad judía muy ortodoxa del noroeste de Londres donde se cumplían estrictamente todos los rituales, incluyendo naturalmente el del sabbat, que había que santificarlo. Sus padres, médicos ambos, sólo dejaban de cumplirlo si algún paciente les necesitaba o si tenían que hacer una operación de urgencia. Las persianas se bajaban y no se volvían a subir hasta el domingo por la mañana. Con toda suerte de detalles nos habla el autor de las comidas propias del sabbat, el encendido de las velas, la asistencia a la sinagoga con los hombres abajo y las mujeres arriba, etc ... Pero en 1950, tras la 2ª guerra mundial, la comunidad disminuyó enormemente, pues muchísimos miembros de la misma emigraron a Israel, Estados Unidos, Australia y otros países.

Oliver Sacks reconoce que, poco a poco fue alejándose de los rituales y creencias judías. A sus dieciocho años se produce una situación de ruptura cuando su padre, notando sus tendencias le pregunta por su orientación sexual. Él admitió que le gustaban los chicos. Le dijo que no era más que una sensación y que, por favor, no se lo contara a la madre. Pero sí se lo dijo y la madre reaccionó mal, diciendo que eso era una abominación y que ojalá no hubiera nacido. Hay un versículo del Levítico que reza: «Si un hombre se acuesta con varón como hace con mujer, ambos han cometido una abominación: morirán sin remedio, su sangre caerá sobre ellos». Tras ese momento nos cuenta cómo *detestó la capacidad de la religión para fomentar el fanatismo y la crueldad*.

Por eso, cuando obtuvo su título de médico en 1960, se fue de su país y se alejó de su familia y de su comunidad. Se instaló en Nueva York y se buscó la vida. Encontró su vocación, la Neurología, y se entregó con pasión a sus pacientes, de cuyas enfermedades y preocupaciones se hizo su narrador. Cuenta las relaciones con un primo suyo que acabó siendo Premio Nobel de Economía, Robert John Aumann, curioso personaje que dice saber aunar la razón y la fe y que le recomienda no abandonar ciertos ritos judíos como la mezuzá (jamba de la puerta con dos versículos de la Torá) y el sabbat, a pesar de no ser creyente.

En 1955 viajó a Israel y ya no le gustó la política de Oriente Medio y en general la situación allí. Le aterró la idea de vivir en un lugar tan influido por la religión. En 2014 vuelve, esta vez para celebrar los cien años de su prima Marjorie. Viajó acompañado de su amante, Billy. Los tiempos cambian y su familia ortodoxa les recibió a ambos con cariño en Israel. Al disfrutar de la paz del sabbat en Israel con familiares que no veía desde que era niño, reflexionó, pensó qué hubiera sido de él si sus circunstancias hubieran sido distintas. Eso es algo que todos hemos pensado alguna vez: ¿cómo habría transcurrido nuestra vida si nuestros derroteros hubiesen sido distintos, si hubiéramos tomado otra decisión en un momento determinado?

Cuando vuelve a su casa, se alegra de haber tomado la determinación de hablar de su sexualidad de manera abierta y sincera, así como del cáncer que está acabando con él. Débil y sin aliento ve que sus pensamientos no giran alrededor de lo sobrenatural o espiritual, sino en torno a llevar una vida que merezca la pena y con el deseo de alcanzar la paz consigo mismo y que, con la conciencia tranquila, pueda uno mismo descansar.

### **Conclusiones y reflexiones de cara al debate:**

Cómo conseguir vivir sereno los últimos momentos de una vida a pesar de saber que queda poco tiempo. En esto, Oliver Sacks nos da un gran ejemplo.

Cómo el fanatismo y la falta de comprensión pueden romper una vida.

Cómo el tiempo puede restañar las heridas.

¿Por qué Oliver Sacks no pidió la eutanasia?